

## Adoquines y anclas El hambre de saber y los saberes del hambre

PABLO GENTILI  
Universidad del Estado de Río de Janeiro  
Secretario Ejecutivo Adjunto de CLACSO

Artículo recibido: 28/03/10; evaluado: 05/04/10 - 06/04/10; aceptado: 06/04/10

El aire acondicionado del aeropuerto de Río de Janeiro parecía programado por el responsable del calentamiento global. Por momentos, me sentía como un expedicionario en la Antártida. Por otros, como un Legionario de Cristo atravesando el Sahara. Se trata de un irreparable defecto en el termostato, sentenció resignado un señor de baja estatura, en cuyo cuello regordete los surcos de transpiración formaban caprichosas estalactitas.

Como si esto fuera poco, mi vuelo estaba atrasado. En la maleta de mano cargaba varios libros que debía leer y revisar, pero la pereza me dominaba. Resignado y vencido por la somnolencia, fui casi instintivamente al puesto de venta de revistas. Traté de interesarme en el nuevo número de la *National Geographic*, y, aunque hice un gran esfuerzo, no lo conseguí. Pensé en llevarme *Men's Health* que, aunque prometía enseñar cómo decirle chau a la barriga y contar los misterios acerca de cómo dejar los bíceps torneados y vigorosos, tampoco llegó a conquistar mi corazón de atleta devaluado. Me detuve en *Vida Simple*, una de mis predilectas, que aseguraba que con ejercicios de cinco minutos diarios podría combinar relax, placer y bienestar, aumentando mi salario sin abandonar la actitud zen. Fue, sin embargo, la revista *Época*, de información general, la que despertó mi interés con su tapa alegre y colorida en la que un niño pensante y soñador se apoyaba sobre un libro abierto exactamente por la mitad: "El secreto de los buenos alumnos. Cómo ellos se sacan buenas notas (sin ser superdotados)". Esto sí que me interesa, pensé.

Al pagar, la señorita de la caja me recomendó comprar un libro que estaba teniendo mucho éxito y seguro me iba a interesar: *Los 7 hábitos de los adolescentes altamente eficaces*. Una obra pequeña, me dijo, mostrando algo que parecía una libretita y, en rigor, ella llamaba "libro". Ya lo creo, respondí resignado, es justo lo que estoy necesitando. Le va a gustar, prometió la joven sonriendo de satisfacción quizás por haber descubierto mi perfil de lector.

Los eternos minutos que precedieron al despegue del avión fueron de gran angustia. Sabía que debía releer uno de los excelentes capítulos de *Los efectos de la educación*, obra inspiradora de Christian Baudelot y François Leclerq. Sin embargo, mi corazón pedía a gritos dedicar el viaje a disfrutar los secretos de los buenos alumnos y a conocer los hábitos de los jóvenes eficaces. Al embarcar, y mientras aún me debatía entre la asnería y la responsabilidad analítica, una azafata propinó su golpe mortal al pensamiento

**Revista Iberoamericana de Educación / Revista Ibero-americana de Educação**  
**ISSN: 1681-5653**

n.º 52/3 – 10/04/10

Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI)

Organização dos Estados Ibero-americanos para a Educação, a Ciência e a Cultura (OEI)

crítico. ¿Quiere una revista? – me preguntó. Antes de responder que sí, puso en mis manos un pesado ejemplar de *Capital*, publicación española dedicada a los negocios y a las nuevas tendencias del mundo empresarial. La nota de tapa sentenciaba: “Atrévete a comer el mundo”.

Mi viaje estaba resuelto. La teoría crítica, una vez más, había perdido la batalla.

## Lecturas

Comencé por la revista *Época* y su recorrido por los misterios que explican las razones del por qué algunos alumnos triunfan y otros, estrepitosamente, fracasan en su vida escolar. Como no podría ser de otra forma, la nota central era extensa, repleta de lugares comunes y de fotos de niños y jóvenes sonrientes. “Todo padre sueña con que a su hijo le vaya bien en la escuela”, una evidencia que justificaba el motivo del reportaje, según su perspicaz autora. Para ser un buen alumno hay que saber ciertas cosas, dominar ciertos hábitos, ejercitar ciertas aptitudes y despojarse de otras. Ser un buen alumno significa saber seguir ciertas reglas, para ser más precisos, ocho, las cuales, naturalmente, la nota se proponía develar: recibir incentivos; disfrutar del aprendizaje; tener orgullo de los buenos resultados; resistir a las frustraciones; tener el pensamiento libre; inspirarse en alguien exitoso; tener planes para cambiar el mundo; ser un competidor nato. Nada nuevo bajo el sol, es verdad, aunque a mí no dejaba de sorprenderme la enorme capacidad periodística de trivialización de la vida escolar y el contundente efecto normativo que suelen tener estos recetarios sin otro fundamento que la eficacia de un rosario de tonterías aparentemente verdaderas a fuerza de su infinita repetición. Yo mismo, sin ir más lejos, aún sabiendo que estaba siendo engañado, en dos o tres oportunidades debí reprimir mi deseo de constatar si mi hijo Mateo, a punto de iniciar su adolescencia, disponía de más de una de estas cualidades, en apariencia tan bien justificadas y ponderadas.

Por algún motivo, la regla “estar preparado para la competencia”, me impresionó más que cualquier otra. Debe haber sido por el caso elegido por la sagaz periodista para ilustrar el tema: el relato de un padre a cuyos hijos trillizos llamó, acaso antes de imaginar que serían inteligentes, *Joeverton*, *Joemerson* y *Joebert*. Ellos, gracias al entrenamiento diario, habían sido merecedores de diversas medallas en las Olimpíadas Brasileñas de Matemática, compitiendo entre sí por los primeros lugares, una habilidad que aprendieron al enfrentarse, competir y disputar por todo lo que los une y desune en la vida cotidiana, inclusive por el trofeo de ver quién termina primero la leche chocolatada. *Joeverton*, *Joemerson* y *Joebert*, manifestaban en la nota querer ser ingenieros. El papá, orgulloso, expresaría que su esfuerzo ha valido la pena.

Terminada la lectura del inventario de secretos de los alumnos exitosos, asumí el riesgo de introducirme en el universo de los adolescentes eficaces. El libro resultó mucho más banal de lo que imaginaba, y aunque eso no era poco, no por este motivo, dejó de parecerme instructivo. Su autor, Sean Covey, resultó ser el hijo de un renombrado consultor empresarial, cuyo mérito había sido publicar, algunos años atrás, una obra con el mismo título, aunque dirigida a ejecutivos (o sea, a adultos). El joven Sean, quizás al ver que el oficio de escritor implicaba una inteligencia limitada y una capacidad de inventiva cercana a lo mediocre, había decidido escribir esa pequeña obra, destinada a ayudar a los jóvenes de todas las culturas y pueblos a ser más y mejores en todo, particularmente en el aprovechamiento de sus potencialidades empresariales y su casi siempre adormecida vocación de *entrepreneurs*. La primera recomendación del pequeño volumen me dejó pasmado: “crea tu propia cuenta bancaria personal”. Se

trataba, sin embargo, de una metáfora, si es que éste puede ser un recurso utilizado en un libro destinado a empresarios en formación, escrito por un autor de mediano apego a la creatividad. "Abrir una cuenta bancaria personal" significa, según nos explicará el aspirante a gurú juvenil, crear hábitos que nos hagan eficaces, invirtiendo en nosotros mismos, siendo triunfadores, buenos ahorristas de capacidad competitiva, superadores de la adversidad y depositarlos todos los días en una especie de cofre de ganancias íntimas: nuestra personalidad. Formar individuos "ganadores" supone estimular los valores y sentidos que modelan hábitos competitivos y productivos, mediante los cuales y gracias a los cuales es posible triunfar en la vida.

Terminé el libro más rápido que lo imaginado ya que, aunque era bastante breve, tenía sus últimas diez páginas en blanco, destinadas a anotar ideas relevantes y eficaces. Como no se me ocurrió ninguna, decidí pasar a mi tercera obra de divertimento aéreo, la revista *Capital*, la cual me invitaba a comer el mundo de manera atrevida.

Confieso que, aunque me sentí un poco decepcionado, la publicación me resultó de gran interés. La nota central no era sobre gastronomía ni sobre viajes culinarios, sino sobre la voracidad competitiva de un conjunto de empresas españolas que, sin miedo al riesgo y dispuestas a vencer en los mercados más complejos y competitivos, salieron a "comerse el mundo", ganando posiciones de destaque en sus respectivos ramos y abultadas ganancias. Mi contrariedad aumentó cuando casi todos los mercados competitivos que mencionaba la nota eran latinoamericanos, un verdadero reconocimiento a nuestras castigadas economías, dígame sin matices, especialmente viniendo de una publicación de negocios del primer mundo. Los méritos, entre tanto, se dirigían, a reforzar las virtudes de aquellas empresas que habían sabido ejercer su glotonería con inteligencia, mucho más que al dinamismo de los mercados devorados por ellas. De allí que, en ningún caso, se mencionaban las condiciones que habían hecho posible el ejercicio de esa voracidad competitiva por parte de las empresas líderes españolas inventariadas por la nota (como la destrucción del aparato estatal en buena parte de los países latinoamericanos, las privatizaciones llevadas a cabo, la corrupción existente, la desindustrialización, el bajísimo costo de la fuerza de trabajo local y la fragilidad de las normas jurídicas nacionales). Como quiera que sea, nuevamente, y desde otro enfoque, el tema era el mismo: en la vida moderna triunfa el que se lo propone. Todo es una cuestión de normas y hábitos de competencia, saber arriesgarse, invertir en uno mismo, esforzarse y desplegar toda la voracidad triunfadora que nos lleva no sólo a ser alguien en la vida, sino a ser los mejores. El medio, el entorno, suele ser un detalle, lo que importa son las capacidades individuales que nos preparan para enfrentarlo y vencer.

Las tres publicaciones hablaban de lo mismo y, en algunos casos, usaban las mismas imágenes deportivas, tan frecuentes en este tipo de literatura: "ganar la carrera", "salir en cualquier lugar, pero llegar primero", "remar contra la corriente", "ser veloz y estar siempre atento".

Mientras descansaba de tanta lectura atlética, me sorprendí de haberme alarmado ante el trivial descubrimiento de la semejanza de temas tratados. En definitiva, la recurrencia al argumento competitivo es algo que, quienes transitamos por el mundo de la educación, conocemos bien y, con habitual insistencia, lo promovemos entre nuestros alumnos al jerarquizarlos y ordenarlos por calificaciones o atributos que disponemos con cierta arbitrariedad. La competencia también la vivimos entre nosotros mismos, trabajadores del campo educativo, al someternos a diario a mecanismos de categorización que nos ordenan por escalafones de superioridad, según nuestra capacidad productiva o nuestra mayor o menor formación, ubicándonos en *rankings* de la más diversa naturaleza, segmentados y organizados, encajados y divididos. Una práctica que, por cierto, los gobiernos adoptan hasta la exasperación burocrática, en

arrebatos alucinados de una furia clasificatoria bastante poco imaginativa: primero los primeros, últimos los últimos. Hacerlo es fácil: los que se sacan notas más altas arriba, los que se sacan notas más bajas, abajo. Pruebas de aquí, pruebas de allá. Agencias especializadas y burócratas con cara de listos que, aunque ellos mismos nunca alcanzarían los niveles deseados si fueran evaluados, regla en mano amenazan a docentes y alumnos en nombre de la eficacia y la productividad académicas. Competir para ganar, ganar para sobrevivir. Desde que se entra hasta que se sale del sistema educativo uno aprende que su lugar dependerá de la capacidad de competir que tenga y de cómo la ejerza contra sus semejantes. A esto obedece el éxito de lo que algunos llaman inteligencia.

Así es la vida escolar, pensaba a diez mil metros de altura. ¿Por qué habría de sorprenderme que estas tres publicaciones insistieran en el asunto?

La llegada de la comida y la decisión de la señora que estaba sentada delante de mí de reclinar el respaldo de su asiento hasta clavármelo en la quijada, me dejaron definitivamente inmovilizado. Ya no conseguía leer y respiraba con dificultad. Pensé que lo mejor sería reflexionar sobre el asunto. ¿Qué era lo que me sorprendía y molestaba de esas revistas que tan generosamente me habían rescatado del tedio? Haciendo un pequeño gráfico con tres cuadraditos de cartón a los que la azafata llamaba "raviolos", comencé a entender aquello que tanto me importunaba.

En general, cuando criticamos el frenesí competitivo que ha inundado los corazones, las mentes y los reglamentos del sistema escolar, solemos recurrir a estudios que muestran las penosas consecuencias generadas por los procesos de evaluación, los cuales, basados en supuestas dinámicas competitivas, individuales o interinstitucionales, permiten distribuir beneficios, estímulos o premios a los vencedores, castigando a los perdedores. La crítica a los sistemas competitivos, dentro y fuera del aula, se centran en evidencias acerca de los cuestionables o injustos resultados que genera la competencia. Sin embargo, con bastante menos insistencia, se destaca que, de manera general, la competencia suele partir de un mito originario, una invención, una ficción que asume la fuerza de un saber social de significativa relevancia y alcance: la presunción de un estado de igualdad originaria. Al respecto, se acostumbra blandir diversos argumentos que justifican esta aparente igualdad de puntos de partida. Por un lado, se afirma que los seres humanos siempre son lo que han sabido hacer de sí mismos. En otras palabras, cada uno es lo que ha conseguido acumular en su cuenta bancaria personal, citando al imaginativo Sean Covey. La vertiente *egoísta* de esta interpretación, supone que cada uno debe rebuscarse por sus propios medios los valores a ser depositados en esa caja de ahorros e inversión. La *solidaria*, indica que hay que ayudar a los que menos tienen para que puedan depositar más valores y hábitos en sus propias cuentas personales, superando el infortunio y la mala suerte que produce haber nacido en una cuna plebeya. Del mismo modo, y de manera menos prometeica, se afirma que la igualdad de puntos de partida se origina en el hecho de que es imposible determinar, por razones voluntarias, desde dónde parte cada uno. Unos nacen ricos, otros pobres, unos inteligentes, otros no tanto. Lo cierto es que, desde este punto de vista, la competencia se justifica porque partimos de una *inocencia de génesis* que nos exime de cualquier responsabilidad ante el infortunio de los que nacieron sin otro patrimonio que la desgracia.

Es en este marco que las metáforas deportivas encajan como un guante en la medida justa. No deja de resultar gráfico y aleccionador, el mensaje que apela a comparar la vida social o educativa con una maratón olímpica: todos parten del mismo sitio y, siendo portadores de sus propios atributos, unos llegan primero, otros después, unos llegan a tiempo, otros, simplemente, no llegan. La vida, en definitiva, es así. Y

como así funciona, no debe sorprender que los ganadores sean recordados y celebrados, mientras los perdedores diluyen su presencia en el horizonte repulsivo de la mediocridad ajena.

La competencia es un ardid, una treta, un dispositivo para clasificar lo que ya viene organizado de "fábrica", por decirlo de alguna manera. No es una práctica que ejercemos. Es una práctica que *nos ejercen* para enseñarnos quiénes somos y dónde estamos. Para explicarnos de dónde venimos y dónde podremos tener la ilusión de llegar.

La competencia se forma por el estímulo de hábitos y capacidades, de sentidos y signos que configuran el *habitus* triunfador en un conjunto de sujetos portadores de privilegios y virtudes que nada tienen que ver con su inteligencia o su esfuerzo personal, al mismo tiempo en que aspira a modelar las conciencias resignadas al fracaso de aquellos que deberán pensar que si no tuvieron éxito en la vida o en la escuela ha sido por su propia culpa o incapacidad. Sólo reconocen los méritos y las virtudes de la competencia, los que, ejerciéndola, suelen ganar beneficios y posiciones inmunes a la adversidad gracias a ella. A los "no competitivos", la competencia suele serles mucho menos generosa; su sentido se les descarga sobre las espaldas como un atributo descalificador y humillante, como una aspiración imposible de alcanzar, aún cuando no dejen de esforzarse en abrir cuentas bancarias personales para depositar sus depreciadas y despreciadas virtudes.

La competencia es, en suma, un dispositivo disciplinador de corazones y mentes. Una institución que se ha inventado para justificar la arbitrariedad de los poderosos y la resignación de los oprimidos. Un pretexto para modelar la frustración y la vergüenza de los derrotados, vistiéndoles de promesa su fracaso: algún día, también les tocará a ellos, quizás, cuando aprendan a "comerse el mundo". La competencia es una ficción doctrinaria, destinada a presentar un horizonte inalcanzable para los derrotados y una coartada eficaz para los portadores de los atributos que diferencian a la nobleza de los siervos de la gleba. Es el soporte donde se escribe el guión de un cuento de hadas. Un cuento donde los buenos, los limpios y bellos, triunfan; donde los malos, sucios y feos fracasan, porque se lo merecen. La competencia libre es un *oxímoron*, diría mi amigo Estanislao Antelo. Es una mentira espantosa, diría mi tía Nérida que nunca leyó a los griegos.

Y lo es porque no hay punto de partida común, ni libertad de elección. Lo es, porque, siendo así, todo punto de llegada es arbitrario y sólo justo para los que asumen la potestad de escribir sus propias teorías acerca de la justicia.

Pienso que quizás estoy exagerando porque me falta el aire, la señora de adelante ronca y el joven que tengo a mi lado no deja de mover su rodilla al ritmo de las obras completas de *Calle 13* que exceden las fronteras de su iPod. Pienso que la competencia es exactamente eso: ponerse en la fila, esperar un asiento y rezar para que a uno le toque la salida de emergencia. O viajar en clase ejecutiva.

¿Me estaré radicalizando a contramano de mi edad?

Quizás.

## Hambre

Pocas horas antes de partir había estado leyendo el excelente informe de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2009. Crisis económicas: repercusiones y enseñanzas extraídas*. En él se estima que hay cerca de 1.020 millones de personas subnutridas en el planeta, lo que ha significado un agravamiento de enorme magnitud respecto de la ya delicada situación de las últimas décadas, como producto de la reciente crisis económica global. Desde comienzos de los años 70, no había tantas personas hambrientas en el mundo. La inseguridad alimentaria se ha agravado y los pobres la sufren de manera cada vez más extrema, al reducir la diversidad de sus dietas, verse privados del acceso a alimentos de calidad y disminuir los gastos en sus necesidades esenciales, como la educación y la salud. Dice el informe de la FAO que la inseguridad alimentaria aumentará significativamente a largo plazo, que la mortalidad infantil crecerá y que las niñas se verán más afectadas que los niños.

El mundo, al menos desde este punto de vista, ha empeorado. Durante la última década, el hambre no ha parado de crecer y la crisis económica internacional no ha sino empeorado las cosas. Los Objetivos de Desarrollo del Milenio se vuelven cada vez más distantes en un mundo donde el número de hambrientos se distribuye de forma tan desigual como la riqueza. Dentro de los propios países más pobres, los efectos del hambre y la subnutrición serán sentidos de forma diferente.

La crisis económica afectará negativamente a amplios segmentos de la población de los países en desarrollo. La situación de las personas que se vieron más perjudicadas por el aumento de los precios de los alimentos (la población rural sin tierras, los hogares a cargo de mujeres y las personas pobres del medio urbano) es en particular precaria, debido a que ya se han acercado o han alcanzado en muchos casos el límite de su capacidad de hacer frente a la situación en el contexto de la crisis alimentaria. Entre estos grupos, las personas pobres del medio urbano son las que podrán experimentar los problemas más graves, debido a que es más probable que la menor demanda de exportaciones y la menor inversión extranjera directa provoquen una reducción de la tasa de empleo en las zonas urbanas, que están más estrechamente relacionadas con los mercados mundiales que las zonas rurales. Sin embargo, las zonas rurales tampoco serán ajenas a los efectos: el aumento del desempleo ha provocado el retorno de migrantes de las zonas urbanas a las rurales, lo que obliga a las personas pobres del medio rural a compartir la carga en muchos casos. En algunos países, la caída de los precios de algunos cultivos hará aún más pesada dicha carga. (WFP/FAO, 2009: 10-11)

Las elocuentes afirmaciones de la FAO poseen un gran significado, considerando que, en el año 1996, dirigentes de todo el mundo se reunieron en la Cumbre Mundial sobre la Alimentación decididos a sentar las bases de una lucha implacable contra el hambre, reduciendo a la mitad el número de personas subnutridas hasta el año 2015. Una meta, hoy, sepultada tras las evidencias de una crisis que preocupa a todos, pero que ataca de forma mucho más virulenta a los más pobres. No habrá menos subnutridos en el 2015. Probablemente habrá más.

El hambre produce pobreza y la pobreza, hambre. Cuando se compara el informe 2006 de la FAO, elaborado a diez años de la Cumbre, con el del 2009, se observa el agravamiento de la situación mundial y, particularmente, el de los países más pobres. (FAO, 2006)

En América Latina y el Caribe, la situación no es menos dramática. A pesar de los avances de los últimos años, en que algunos países han asumido como prioritaria la lucha contra el hambre, se evidencia una regresión alarmante en la región, hoy, con 53 millones de personas subnutridas, igual número al que

poseíamos a comienzos de los noventa, en pleno auge de las reformas neoliberales. El continente en su conjunto presenta tendencias negativas con relación a las metas de la Cumbre Mundial sobre la Alimentación y a los Objetivos del Milenio, más allá de avances significativos en países como Brasil, Ecuador, Bolivia, Venezuela, Argentina y Uruguay. Entre tanto, en la región, como producto de la herencia histórica y de las actuales condiciones de la crisis mundial, la inseguridad alimentaria crece. Esto quiere decir que, según la definición de la Cumbre Mundial sobre la Alimentación, las personas no “tienen en todo momento acceso físico y económico a suficientes alimentos inocuos y nutritivos para satisfacer sus necesidades alimenticias y sus preferencias en cuanto a los alimentos, a fin de llevar una vida sana”. Amartya Sen (1997), ha destacado con elocuencia el papel que ejercen los mercados en la aparición y la multiplicación de las hambrunas, indicando cómo, en los períodos de crisis, el derecho a la alimentación se ve amenazado por diversos factores que amplían los riesgos de fuertes crisis alimentarias. Hoy, nos encontramos en una de ellas.

¿Y qué tiene esto que ver con la competencia, con la educación, con los aviones, los buenos alumnos y los adolescentes eficaces?

En primer lugar, debemos reconocer que los estudios sobre el hambre en el campo educativo son ciertamente escasos. Una evidencia que no deja de llamar la atención, considerando que los niveles de crecimiento de las tasas de escolarización y los significativos aumentos de la esperanza de vida educativa en América Latina y el Caribe han implicado el acceso al sistema escolar de un sector de la población que sufre las consecuencias de la subalimentación y la desnutrición. Un sector que antes no accedía a la escuela y que ahora sí lo hace. El hambre impedía hasta hace relativamente poco la escolarización de los niños y las niñas más pobres. Hoy, en muchos países de América Latina y el Caribe, el hambre es una de las razones que más justifican la necesidad de asistir a una escuela pública para los sectores populares.

Antes de continuar, quizás sea necesaria una precisión conceptual. La desnutrición se reconoce en la insuficiencia moderada o grave de la talla con respecto a la edad, un retardo en el crecimiento que deriva no de patrones biológicos predefinidos sino de carencias nutricionales que tienen gran incidencia en el crecimiento físico e intelectual de los sujetos. Se llama a esto “desnutrición crónica” y “su gravedad estriba en que acumula las consecuencias de la alimentación y la nutrición deficientes durante los años más críticos del desarrollo físico y psicomotor de los niños, por lo que sus efectos negativos son en gran medida irreversibles. Esta carencia constituye uno de los principales mecanismos de transmisión intergeneracional de la pobreza y de la desigualdad”. (CEPAL, 2003: 85)

Países como Haití poseen casi 60% de su población en estado de desnutrición crónica, Nicaragua casi 30%, Guatemala 25%, Bolivia 23% y Paraguay 14%. En América Latina, 21% de los niños y niñas presentan este síndrome.

Resulta evidente que, en América Latina y el Caribe, el importante aumento en las tasas de escolarización ha sido posible mediante la incorporación a la escuela de niños y niñas en situación de pobreza extrema, muchos de ellos subnutridos o desnutridos. De tal forma, la exclusión escolar, que se basaba en el principio general de dejar afuera de la escuela a los niños y niñas más pobres, se ha modificado notablemente, al incorporarse a las instituciones educativas un sector de la infancia que, aunque no ha cambiado su situación estructural (continúan siendo pobres), ahora acceden a la escuela. Dos cuestiones son, en este sentido, significativas. Por un lado, la escuela ha comenzado a recibir una población

que, además de sus necesidades educativas, también poseen insatisfechas sus necesidades alimentarias. Por otro, la escuela ha pasado a ser, en muchos de los países latinoamericanos y caribeños, la principal agencia de alimentación de la infancia después de la familia. La institución donde se promete satisfacer el hambre de saber, aunque, en las barriadas más pobres, en las periferias urbanas, allí donde viven los excluidos de derechos humanos y justicia social, aspira a satisfacer el hambre a secas.

(No pretendo entrar en la discusión acerca de la pertinencia o no de que la escuela pública cumpla, como una de sus principales funciones, la alimentación de la infancia. Considero que las críticas derivadas de una supuesta pérdida de la función pedagógica de la escuela ante su protagonismo "asistencialista", suelen partir de argumentos generalmente ingenuos y, en el peor de los casos, cínicos. No tengo capacidad de evaluar si está "bien" o "mal" que la escuela haga esto y si, en el socialismo del siglo XXI, debería o no hacerlo. Creo que si la escuela pública y sus maestros no cumplieran este papel, millares de niños y niñas latinoamericanas hoy vivirían mucho peor de lo que viven. Con esto alcanza para rendirle a la escuela, una vez más, nuestro más solidario respeto).

El acceso de niños y niñas subnutridos o con desnutrición crónica en la escuela ha planteado numerosos desafíos al proceso de escolaridad. Educar a la infancia es siempre un proceso altamente sofisticado y que requiere un conocimiento especializado de gran complejidad, aunque los tecnócratas y educadores de autoayuda se empeñen en decir lo contrario. Educar a un niño o una niña, en cualquier circunstancia, implica mucho más que sensibilidad y amor hacia los demás. Educar a un niño o una niña con hambre, redobla el desafío.

Cuando los gobiernos latinoamericanos y caribeños muestran orgullosos sus estadísticas de crecimiento educativo, suelen olvidarse de mencionar que el hambre no ha disminuido en sus países, sino que, en algunos casos, ha aumentado. Esto significa que hay más niños y niñas en la escuela, es verdad. Y que éstos son los que tienen hambre y que, por tenerlo, sufren una serie de condiciones que interfieren en sus aprendizajes. No se trata, por lo tanto, de una estadística que debe servir para ilustrar folletos que debemos distribuir en eventos internacionales, sino de un llamado de atención a los responsables de los sistemas escolares. Las escuelas latinoamericanas y caribeñas albergan a millares de niños y niñas que tienen hambre. Hambre de dolor en el estómago y en la cabeza. Hambre de cuerpo cansado y de mirada esquiva, clavada en el piso. Hambre de tristeza profunda, de incomprensión y abandono. Hambre, sólo eso, hambre infinita, de comida. De comida negada, como los derechos, como la dignidad.

En Ecuador, un país que hoy transita un proceso de cambios democráticos profundos, el 25,6% de la infancia con menos de cinco años sufre desnutrición crónica. Un dato que oculta enormes disparidades regionales. En el sector rural, por ejemplo, casi el 36% de los niños y niñas ecuatorianos sufren desnutrición crónica. Gran parte de ellos no asistirá a la educación infantil. Aunque sí aparecerá en los índices de acceso a la escuela primaria. Llegarán allí, al sistema escolar, para competir, ahorrar e invertir hábitos competitivos en su cuenta bancaria personal, volverse jóvenes eficientes, buenos alumnos y, si *diosito* quiere, algún día, devorarse el mundo.

Pero *diosito* no quiere.

Para muchos latinoamericanos y latinoamericanas, la experiencia de la infancia es la vivencia del hambre, el momento en que se aprende su lugar en el mundo.



Llama la atención, pues, que los educadores no se interesen por este tipo de asuntos teóricos. En rigor, se trata de un tema con poco prestigio en las ciencias sociales. No extraña, así, que uno de los principales intelectuales latinoamericanos del siglo XX, Jossue de Castro, autor de la inmensa obra, *Geografía da fome* (1946), permanezca desconocido en las instituciones universitarias de nuestra región y del mundo. La obra de Jossue de Castro constituye un poderoso alegato a la defensa del derecho a la alimentación, así como un estudio sobre las condiciones históricas y políticas que producen las estructuras del hambre en nuestros países periféricos.

La escuela latinoamericana veía, antes, el hambre a la distancia, se abstenía con indiferencia ante sus causas y condiciones. Se abstraía indolente ante sus consecuencias. El hambre no era un problema docente porque los niños y niñas con hambre no llegaban a la escuela. Hoy, con más del 90% de tasa de escolarización y casi un 21% de niños y niñas con desnutrición crónica, el hambre edifica la escuela. Y la interpela con la misma impertinencia con que amenaza la felicidad de la infancia. Hambre intensa, aguda, el hambre de morir de hambre mata millares de niños y niñas en América Latina y el Caribe. El hambre crónica, mata a la infancia, la despedaza. Y entra en la escuela, enseñoreada en su prepotencia y su arbitrariedad.

¿Cómo es posible dedicarse a la educación sin comprender cómo funciona al hambre?

No lo sé, pero trato de acordarme cuándo estudié el asunto en mis años de formación universitaria y no lo recuerdo. Trato de recordar si lo he estudiado alguna vez, y me falla la memoria.

Reviso mis notas. Trato en vano de encontrar pistas.

Encuentro un informe aleccionador: *El hambre y el aprendizaje. Serie de informes el hambre en el mundo 2006* (WFP/FAO, 2006). Dice al respecto:

- La nutrición durante el embarazo y los dos primeros años de vida determina en gran medida la futura capacidad intelectual del individuo.
- El hambre, mantiene alejados a los niños y niñas de la escuela y limita su capacidad de concentración una vez escolarizados.
- Los adultos que padecen hambre no pueden aprovechar las oportunidades de aprendizaje y, por consiguiente, transmiten el hambre a la generación siguiente.

El informe también muestra el enorme potencial del aprendizaje y de la escolarización para revertir los efectos del hambre. Insiste en que todo esto depende de decisiones políticas. No menciona que la responsabilidad de todo lo tienen los maestros y maestras que enfrentan esta difícil situación.

Respiro aliviado.

Vuelvo al *Mapa de la desnutrición crónica en Ecuador*. (MCDSE/PMA, 2010) Allí, al igual que en muchos otros informes sobre la materia, se hace referencia al "hambre oculta", una deficiencia imperceptible para los tomadores de decisiones políticas, pero no para quienes lo sufren. Remite a la falta de hierro, vitamina A, yodo, ácido fólico y zinc en las madres y sus hijos, cuando son pobres. En Ecuador, hay cerca de 40% de los niños y niñas con menos de 24 meses de edad, anémicos. Un igual porcentaje de embarazadas

anémicas dará a luz en los próximos meses. Niños y niñas que guardan su anemia en la cuenta bancaria personal que le prometen los escritores de pacotilla.

¿Qué hay que saber para educar a un niño o una niña con hambre oculta?

No lo sé.

Seguramente, casi nada de lo que le enseñan a un joven a punto de iniciarse en el magisterio. Hay, en América Latina, 9 millones de niños y niñas menores de 5 años que pronto entrarán en la escuela y que padecen desnutrición crónica. Además de ellos, se estima que hay 9 millones de niños y niñas que están en riesgo de desnutrirse de forma severa. Son 18 millones de niños y niñas que nos interpelan con sus rostros de infancia perdida, de ausencia y necesidad. Niños y niñas que ya están en la escuela o quieren acceder a ella. Quizás sospechen que allí encontrarán maestras y maestros dispuestos a protegerlos. Ellos, los niños y niñas más pobres, sí que saben que la protección y el buen recibimiento son importantes, que el abrazo, a veces chueco y temeroso, es la expresión de un respeto que casi siempre se le ha negado. Es verdad, tienen hambre de comida y de otras cosas que la escuela podrá darles.

La escuela pública puede educar a los niños y niñas con hambre, además de alimentarlos. Sin embargo, para hacerlo, precisa de recursos, condiciones, infraestructura, apoyo, capacidades y esfuerzos combinados, además de una enorme dedicación y voluntad política por parte de los gobiernos. Afirmar que los niños y las niñas con hambre no pueden ser educados es una forma de justificar y ampliar aún más su exclusión. El problema es que las escuelas a las que concurren cada día los niños y niñas con hambre, suelen ser las que tienen menos recursos, peores condiciones, deficiente infraestructura, casi nada de apoyo, donde se ignoran las capacidades locales y donde los esfuerzos se pulverizan ante un permanente desperdicio de la experiencia pedagógica de quienes allí trabajan. Son las escuelas olvidadas, perdidas, aquellas en las que la única *voluntad* política que se les concede es la del desprecio y la indiferencia.

18 millones de niños y niñas pasarán hambre en América Latina y el Caribe hoy por la noche y soñarán con ir a la escuela, la única institución pública que cada día, cuando termina la madrugada, abre sus puertas para recibir a la infancia. Y prometerle un mundo mejor.

¿Competencia?

Deberíamos preguntarnos cómo ha sido posible que confiemos que algo parecido a la "competencia" puede explicar nuestra posición en el mundo y nuestros resultados en la escuela. Al menos, aquí, en América Latina y el Caribe, un continente donde más de 50 millones de personas inician su jornada con hambre, 18 millones de ellas con menos de 12 años. Para algunos, "competir" resulta fácil. Para otros, enormemente difícil. Para algunos, la "competencia" es una plataforma que les permite desplegar todo su potencial productivo y sus dotes intelectuales en apariencia naturales. Para otros, es una puerta que se cierra de manera indiferente y brutal, aplastándolos en la habitual disciplina de la frustración y el fracaso. A algunos, la "competencia" les otorga orgullo y alimenta vanidades cuyo origen suelen otorgarse al talento y al esfuerzo. A otros, acostumbra en la disciplina de la resignación y la vergüenza. Algunos justifican sus posiciones competitivas como resultado del mérito y la perseverancia. Otros, las atribuyen a su escasa inteligencia o a la desgracia.

A nadie le parecería *justo* que antes de iniciar una carrera se le aten adoquines a los cordones de las zapatillas. Nadie, en su sano juicio, podría aceptar que es *libre* una competencia de natación en que unos corren con la más alta tecnología en trajes de neopreno y a otros se le cuelgan anclas del cuello, proponiéndoles que, cuando quieran, inicien la prueba.

Adoquines y anclas. Justicia y libertad.

No hay "sano juicio" que pueda juntarlas. Simplemente, porque los más poderosos, como siempre, hacen trampa antes de empezar a competir.

## Dolor

Del conocimiento nace el combate,  
del combate, la libertad y las condiciones  
materiales de la búsqueda de la felicidad.  
(Ziegler, 2006: 20)

Me intriga por qué el hambre suele no ser un problema analítico relevante en los magisterios y las universidades que forman maestros y maestras. Entiendo que no lo sea para los que se ocupan de identificar los secretos de los buenos alumnos, de los adolescentes eficaces y de las empresas competitivas. No me parece que las mismas razones justifiquen que despreciemos el asunto para los que decimos defender la escuela pública y las políticas educativas democráticas.

En algo hemos fallado.

Leo y releo algunos textos que mucho ayudan a comprender las razones de nuestra inseguridad alimentaria: Raj Patel (2008); Silvia Federici (2009); Amartya Sen (1997); Alvaer & Mhankop (2002); Vandana Shiva (1998); y el reciente y provocativo, *Lo que hay que tragar*, de Gustavo Duch (2010). Naturalmente, sin olvidar los aportes de la vasta obra de Jean Ziegler (2006), uno de los autores que con más radicalidad y compromiso ha denunciado las consecuencias del hambre en el mundo, particularmente, su relación con la deuda externa de los países más pobres y con las políticas imperiales de la nueva economía mundial. Dice Ziegler:

La matanza por desnutrición y por hambre de millones de seres humanos es el principal escándalo que inaugura el tercer milenio. Es un absurdo, una infamia que ninguna razón podría justificar ni ninguna política legitimar. Se trata de un crimen contra la humanidad indefinidamente repetido. En este momento, cada cinco segundos, un niño de menos de diez años muere de hambre o de enfermedades relacionadas con la malnutrición. (...) El hambre significa sufrimientos agudos del cuerpo, debilitamiento de las capacidades motrices y mentales, exclusión de la vida activa, marginalización social, angustia por el futuro, pérdida de autonomía económica. Su resultado es la muerte. (...) Es el hambre la principal causa de muerte en nuestro planeta. (Ziegler, 2006:101-102)

Creo, sin embargo, que las razones de nuestra parsimonia ante el hambre y sus efectos en la educación, no pueden agotarse en las informadas y bien fundamentadas denuncias de estos autores.

La escuela pública es hoy la principal agencia de alimentación de la infancia después de la familia. De esto depende la vida de millares de niños y niñas en todo el planeta. ¿Por qué, siendo así, no dejan de

atacarla y condenarla? ¿Por qué, los maestros y maestras, que muchas veces desorientados y sin las herramientas adecuadas enfrentan todos los días este desafío, no hacen sino recibir críticas y desprecios por parte de griegos y troyanos? ¿Por qué, si la escuela es la única institución pública que se ha hecho cargo del problema, sobre ella se descarga la munición pesada del descrédito y la humillación?

Ya librado del tormento del avión, camino por las calles de Madrid en una primavera fría y brillante. Pienso en el asunto y busco alguna respuesta en una pequeña librería del barrio de Chueca. Tropiezo con el último libro de Judith Butler, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas* (2010). Lo devoro casi en una noche.

Butler sostiene que hay un conjunto de modos culturales que regulan las disposiciones afectivas y éticas que operan en la definición de un marco selectivo y diferencial a partir del cual ciertos tipos de violencia nos parecen insoportables y dolorosos, mientras que otros, perfectamente aceptables y tolerables. Uno aprende a ver, sentir y comprender la vida de los demás. La aprehende en un marco de sentidos: “la precaridad de la vida nos impone una obligación, la de preguntarnos en qué condiciones resulta posible aprehender una vida, y en qué otras resulta menos posible, inclusive, imposible”. (Butler, 2010: 14-15) Hay vidas que valen nuestro sufrimiento y desconuelo, al presenciar o simplemente imaginar el escarnio al que son sometidas diariamente. Butler estudia las guerras recientes en las que el gobierno norteamericano deposita toda su vocación liberadora.

Pienso en las vidas sin valor de centenas de niños y niñas latinoamericanos. Aquellos cuyas imágenes, de tantas veces repetidas, nos acostumbran a volver imperceptible el dolor y la vergüenza. Ellos no están con los rostros cubiertos, con sus manos amordazadas a los tobillos, acucillados, como esos seres sin nombre y repletos de presunción de culpa, que multiplican las imágenes de Guatánamo y otras cárceles ejemplares. Los niños y niñas con hambre están aquí y allá, por todos lados, millares de ellos, cada mañana, en nuestras escuelas. Tienen, sin embargo, una semejanza con esos hombres peligrosos y anónimos: siquiera generan pena y dolor, la vergüenza de sentir que nunca lloramos por ellos, que sus vidas no son “vidas” en un sentido pleno. La violencia que se practica contra ellos es una violencia justificada y, en el caso de nuestros niños y niñas, silenciada, envuelta en argumentos que sirven para conformarnos y deshacernos de toda responsabilidad en el asunto. Nada tenemos que ver con esas imágenes de miles de niños y niñas con hambre. Su recuerdo y su presencia insistente, nos molestan y desagradan.

Hay vidas que *valen* y vidas que, simplemente, no existen.

No se trata de un asunto nuevo, es verdad. Susan Sontag afirma con razón que “el argumento según el cual la vida moderna es una dieta de horrores que nos corrompe y a la que nos habituamos gradualmente es una idea fundadora de la crítica de la modernidad”. (Sontag, 2003: 123) Sin embargo, la izquierda y el pensamiento crítico, se han alejado penosamente de interpretaciones que remiten a una dimensión afectiva, fuera de la cual, ciertos holocaustos cotidianos pierden toda eficacia disruptiva y concientizadora. No se trata de sentir “pena” por los 18 millones de niños y niñas con hambre en América Latina o por los más de mil millones de personas con hambre en el mundo. Se trata de luchar y trabajar activamente para que las causas del hambre y sus consecuencias, desaparezcan de la faz de la tierra. Para hacerlo, no podemos despreciar el valor político que tiene la indignación y la vergüenza ante este infierno que sufren millones de personas. Lo que pretendo decir es que esta batalla política no puede ignorar que lo que detona la lucha emancipatoria es siempre una cuestión de sensibilidad, de indignación ante el dolor, la angustia, el sufrimiento y la incomprensión que viven cotidianamente millones de seres humanos.

Es por eso que no son pocos los intentos que hacen los más poderosos para que cualquier referencia a estos asuntos sea sepultada por una catarata de argumentos a favor del *empreendedorismo*, la competencia y la libertad de elegir nuestro propio destino.

Los niños y niñas que entrarán en la escuela con hambre serán un *problema* para sus maestros, para sus compañeros de aula y para sus familias. No para los que escriban revistas de aeropuerto o pequeños libros de autoayuda. Para éstos, como para buena parte de los que tienen el poder de decidir las fronteras entre lo visible y lo invisible, estos niños y niñas no existirán jamás. Carecerán de motivos para que festejemos su presencia y lloremos su ausencia.

La designación de un infierno nada nos dice, desde luego, sobre cómo sacar a la gente de ese infierno, cómo mitigar sus llamas. Con todo, parece un bien en sí mismo reconocer, haber ampliado nuestra noción de cuánto sufrimiento a causa de la perversidad humana hay en un mundo compartido con los demás. La persona que esté perennemente sorprendida por la existencia de la depravación, que se muestra desilusionada (incluso incrédula) cuando se le presentan pruebas de lo que unos seres humanos son capaces de infligir a otros – en el sentido de crueldades horripilantes directas –, no ha alcanzado la madurez moral o psicológica.

A partir de determinada edad nadie tiene derecho a semejante ingenuidad y superficialidad, a este grado de ignorancia o amnesia. (Sontag, 2003: 132)

## Llanto

Hay pocos relatos más desgarradores que los de una madre cuando cuenta su impotencia y vergüenza al escuchar el llanto de sus hijos con hambre. El llanto del hambre es diferente a cualquier otra forma de llorar que jamás hayamos imaginado. El dolor de una madre o un padre que ven a sus hijos llorar de hambre, también.

Hoy por la noche, en América Latina, dormirán con hambre algo más de 18 millones de niños y niñas. Llorarán de dolor. Dolor de hambre, dolor indescriptible y profundo. Dolor de abandono y de injusticia. Llorarán fuerte y hondo, con sus madres y con sus padres, que los abrazarán con la fuerza de su impotencia. Y, quizás, con mucha vergüenza. Con una humillación, inconsolable y profunda.

Llorarán acurrucados en su tristeza, durmiendo de a ratos, muertos de frío o de calor. Solos. Abandonados.

¿Qué es lo que habremos aprendido?, ¿que ellos pueden lloran a mares y nosotros siquiera los escucharemos? ¿Qué es lo que nos habrán enseñado?, ¿que su vergüenza, su humillación y su abandono nos tendrán, una vez más, sin cuidado?

Hoy por la noche, en América Latina, dormirán con hambre 18 millones de niños y niñas aprendiendo, con su dolor, lo que nosotros hemos olvidado.

## Bibliografía

- ALVATER, E. & MHANKOP, B. Las limitaciones de la globalización. Economía, ecología y política de la globalización. Siglo XXI, Madrid, 2002.
- BUTLER, J. Marcos de guerra. Las vidas lloradas. Paidós, Barcelona, 2010.
- CEPAL. Panorama social de América Latina 2002-2003. Santiago de Chile, 2003.
- COVEY, S. Os 7 hábitos dos adolescentes altamente eficazes. O guia para o sucesso definitivo para o adolescente. BestSeller, Río de Janeiro, 2009.
- DUCH, G. Lo que hay que tragar. Minienciclopedia de política y alimentación. Los libros del lince, Barcelona, 2010.
- HAIVEN, M. "Sobre capitalismo, colonialismo, mujeres y política alimentaria. (Entrevista a Silvia Federici)". Politics and Culture, 2009 (2). En: Sinpermiso – [www.sinpermiso.es](http://www.sinpermiso.es)
- MCDSE/PMA, Ministerio de Coordinación de Desarrollo Social de Ecuador / Programa Mundial de Alimentos. Mapa de la desnutrición crónica en el Ecuador. Quito, 2010.
- PATEL, R. Obesos y famélicos. Marea Editorial, Buenos Aires, 2008.
- Revista Capital, Nº 114, Dixi Press, Madrid, marzo 2010.
- Revista Época, Nº 616, Editora Globo, Río de Janeiro, marzo 2010.
- SEN, A. Bienestar, justicia y mercado. Paidós, Barcelona, 1997.
- SHIVA, V. La praxis del ecofeminismo: biotecnología, consumo y reproducción. Icaria, Barcelon, 1998.
- SONTAG, S. Ante el dolor de los demás. Alfaguara, Buenos Aires, 2003.
- WFP/FAO. El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2006. Roma, 2006.
- WFP/FAO. Serie de informes sobre el hambre en el mundo 2006. El hambre y el aprendizaje. Roma, 2006.
- WFP/FAO. El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2009. Roma, 2009.
- WFP/FAO. Serie de informes sobre el hambre en el mundo 2009. El hambre y los mercados. Roma, 2009.
- ZIEGLER, J. El imperio de la vergüenza. Taurus, Madrid, 2006.